

Gonzalo Calcedo. *La madurez de las nubes*. Barcelona, Tusquets, 1999.

No conocía yo la obra de este joven escritor que cuenta ya con varios títulos publicados por casas editoriales españolas de renombre, y que ha sido galardonado con los premios *José Hierro*, *NH* y *Alfonso Crosso*, entre otros. Palentino de origen, vive Calcedo en Santander, donde trabaja en la Administración autonómica. Leo estos datos en la solapa del pequeño libro que ahora me ocupa y cuya lectura me ha producido, entre algunos otros, un marcado sentimiento de perplejidad.

Es claro que el relato breve es el medio que mejor se ajusta al temple literario de este autor, y ello porque se ve en lo que escribe una voluntad de no pasar a mayores. Es muy probable que esto que digo con ocasión de *La madurez de las nubes* deba aplicarse también a las producciones anteriores suyas que desconozco. Sea ello como fuere, nada de malo hay en este empeño de crear «pequeña literatura», dando a la expresión toda la dignidad que merece, que no es poca. Es requisito indispensable de todo cuento el que éste posea un perfil menudo y concreto, notas de mucho celebrar cuando se ven complementadas por una poderosa *vis* imaginativa, originalidad y buen estilo. Son muy altas las cotas que pueden alcanzarse dentro del género de la narrativa breve, y amplio el horizonte que a veces puede verse desde ellas. La parquedad de elementos no es, no debe ser, obstáculo para que el buen cuentista se codee con narradores de mayor aliento. Como todos sabemos, son muchos los grandes autores que se han labrado un nombre cultivando esta modalidad narrativa que en algún momento quizá se supuso modesta, pero que ya nadie se atrevería a tratar como a pariente pobre dentro de la familia de las creaciones ficticias.

Los cuentos de Calcedo no producen, pues, perplejidad por ser breves y sencillos, sino porque todos ellos, en mayor o menor medida, carecen, en opinión del que esto escribe, de una válida y clara razón de ser. Centrados en episodios comunes de la vida cotidiana en una imaginaria ciudad española, vienen a resolverse en una serie de estampas neocostumbristas de muy escaso interés novelesco. No faltan en algunas de estas piezas gotas esporádicas de calor humano, atisbos de ternura, momentos de íntima emoción, pequeñas soledades y dolores motivados por el nudo y simple proceder de la vida moderna. Algo sentimos, desde luego, ante personajes como la madre alcohólica de «Espantapájaros», el amante solitario y fracasado de «El domador», o el marido abandonado de «Plantas de salón», que no puede romper el hielo de su existencia in-comunicada. Etcétera, etcétera, etcétera. Si tuviera que elegir alguna pieza, me quedaría con «El hombre ilustrado», quizá la más convincente de la colección. Pero lo cierto es que en esos cuentos apenas si se nos cuenta nada de particular. Habría que hacer un enorme esfuerzo de exégesis para ver en ellos importantes mensajes ocultos, grandes mensajes en clave, tremendas verdades nunca o pocas veces expresadas. Los diálogos de Calcedo

son casi siempre faltos de chispa; sus protagonistas, demasiado esquemáticos y previsibles. Soy consciente de que esta literatura de la vida cotidiana tiene a veces numerosos admiradores. Mis gustos son otros, pero no hay duda de que hay lectores que disfrutan viéndose reflejados en los modos de existencia de personajes ficticios comunes y corrientes, muy parecidos a ellos. En lugar de gozar saliendo un poco de la diaria monotonía, se lo pasan bien leyendo historias cotidianas que les resultan de algún modo conocidas y que nunca atraviesan la epidermis de la realidad sabida. Pero, ya digo, sobre gustos no cabe discutir. Sólo me atrevería yo a recomendar a Calcedo un ritmo más veloz en el desarrollo de sus pequeñas historias. Muchas descripciones tuyas pecan de morosidad, y lo único que logran es quitarle nervio a unos cuentos que de suyo son ya bastante blandos (caso raro, dicho sea de paso, en el panorama actual de nuestra literatura, tan proclive a la prosa escandalosa). En varias ocasiones llega este síndrome hiperdescriptivo a caer en la palabrería involuntariamente chistosa —«No vio a Sal en la tumbona, pero los perros estaban ladrando» (68)—, cuando no en el detallismo aburrido e inútil:

«Fui al lavabo, tomé una ducha y cuando el espejo se despejó de vaho, comencé a afeitarme. Mi mujer entró al rato [...]. Me empujó con la cadera y cedí unos centímetros de espacio para que también ella pudiera mirarse. Se había cepillado el pelo hacia atrás. Fue depositando pequeñas porciones de crema en su frente y pómulos con breves toques.
Yo me había afeitado media cara» (158).

Ejemplos de este tipo los hay en abundancia en las páginas del libro. Y quizá sea esa la causa principal de que su lectura pueda producir el sentimiento de perplejidad que yo decía al principio; perplejidad ante un texto que, como muchos de los que a diario se publican en el ancho mundo, nunca da prueba de su posible, siquiera relativa necesidad.

University of Wyoming

CARLOS MELLIZO

Amo, Alvaro del. *Incandescencia*. Barcelona, Anagrama, 1998, 224 pp.

La trayectoria narrativa de Alvaro del Amo (Madrid, 1942) incluye cinco novelas repartidas a lo largo de trece años de quehacer creativo: *Mutis* (1980), *Libreto* (1985), *Contagio* (1991), *En casa* (1992) y *El horror* (1993). Esta última, la mejor de su novela en ese mismo año teniendo además una excelente acogida por parte del público y de la crítica.

Alvaro del Amo es ante todo un creador polifacético de difícil encaillamiento. Además de su ya mencionada faceta narrativa, es ensayista, guionista y crítico de cine a la vez que cuenta en su haber con tres libros de teoría del cine. A esto hay que añadir su labor en el mundo del teatro